

AMIGOS, YA NO HAY MÁS AMIGOS*

(SOBRE LA AMISTAD)

Oscar Godoy Arcaya

Una cita atribuida a Aristóteles sirve de núcleo a las reflexiones del autor en torno al valor o virtud de la amistad: sus diferentes manifestaciones a lo largo de la vida, las variedades en que se presenta, los requisitos que impone para su expresión suprema: la llamada amistad del alma, que dura *para siempre*. Las conclusiones de la ponencia son sintetizadas en forma de comentarios a ciertas ideas centrales expuestas por Montaigne en su célebre ensayo sobre el mismo tema.

A *migos, ya no hay más amigos.*

La frase que acabo de enunciar sirvió de introducción a una serie de sesiones en uno de los seminarios del filósofo francés Jacques Derrida, cuyos trabajos están publicados bajo el título *Politiques de l'amitié*. Fue allí

*OSCAR GODOY ARCAJA. Doctor en Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Profesor titular de Teoría Política y Director del Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Consejero del Centro de Estudios Públicos.

* Texto de la conferencia pronunciada el 4 de junio de 1996 en el marco del ciclo "Las virtudes de la vida", organizado por el Centro de Estudios Públicos. En este volumen se incluyen también las conferencias de Humberto Giannini y Agustín Squella.

donde la encontré, y me produjo un fuerte asombro. No solamente por su expresividad locutoria, sino por la contradicción que encierra su enunciación. También me inquietó no reconocerla, porque Derrida nos dice que ella se encuentra en uno de los ensayos de Montaigne, titulado *Sobre la amistad*, el cual a su vez se lo atribuye a Aristóteles. Y la verdad es que habiendo recorrido muchas veces las tres éticas de este último autor, detrás de su concepción de la amistad, no pude recordarla. ¿Cómo pudo haberseme pasado este potente dicho, *Amigos, ya no hay más amigos*? La verdad es que la frase le es atribuida a Aristóteles por Diógenes Laercio en su *Vida de filósofos ilustres*. Pero, en realidad, si cuento esto es para decir lo siguiente: en pocos minutos he descrito, a raíz de un asombro casi banal, la constancia con que la preocupación sobre la amistad recorre a la vida de nuestra cultura; veamos: Aristóteles, Diógenes Laercio, Montaigne, Derrida; siglos IV y III a.C., siglos XVI y XX d.C.

Amigos, ya no hay más amigos. ¿A qué se refiere esta frase? Dirigirse a un grupo de amigos, para decirles que ya no hay más amigos, es un enunciado contradictorio. Pero esa no es la única posibilidad. Y menciono algunos ejemplos: alguien, decepcionado, convoca a un grupo de personas que consideraba sus amigos para revelarles que ya no son más sus amigos; alguien, en el instante postrero de su agonía y próximo a la muerte, les declara que llegado el fin ya no hay más amigos; alguien insensato les declara a sus amigos que ellos no existen, porque aquello que denominamos amistad y amigo simplemente no existe. Todas estas posibles interpretaciones desfilaron en mi mente, como primera reacción, cuando leí la mencionada cita.

En una segunda reacción, pensé que también podría aplicarse a aquello que se experimenta en las grandes ciudades de los países más avanzados. En este caso, la frase debería descontextualizarse para traerla a la actualidad de nuestro tiempo. Pues, en efecto, podríamos imaginar un solitario habitante de una de esas urbes que exclama, ante nadie, como en un desierto, *Amigos, ya no hay más amigos*. La realidad de la desolación de las personas, en concentraciones humanas donde la vida se construye en un marco de fuerte énfasis en la autosuficiencia, la independencia y la competitividad, es una de las características más reconocidas de la sociedad contemporánea.

El proyecto ilustrado del hombre moderno, que apela a las luces de la razón para establecer el itinerario de una vida autosuficiente y autónoma, es algo que tiene un valor en sí. Hoy, gracias a ese proyecto, en algunas sociedades, el ser humano es más libre. Pero, como contrapartida, el costo pagado es el desarraigo, la ruptura con las pertenencias y, en gran medida, la crisis de la vida humana, entendida como parte de la estructura narrativa de la sociedad. Estructura donde predomina el nosotros sobre la autonomía

y el protagonismo del sujeto individual. Yo soy, nos dice el discurso tradicional, en primera línea, aquel que tiene un origen y proviene, es decir, alguien que viene de un lugar donde una comunidad ha escrito su historia, que me incluye a mí, a mis padres, mis ancestros, mis amigos; los que fueron, los que son y los que serán. Y ello es verdad. Yo soy, además de un sí mismo, todo eso; y todo eso forma parte de mí mismo. Pero hay fuerzas centrífugas, hoy, que nos lanzan a un torbellino, como partículas de un universo: el mundo, la humanidad, la aldea global, se dice. Este es el escenario de la soledad y el anonimato. En él se puede decir, y tiene sentido —imaginando un escenario de amigos virtuales, no concretos, y apelando a ellos, *¡amigos!*—, que *ya no hay más amigos*.

Las amistades naturales

Una de las primeras y más potentes experiencias de nuestras vidas es que desde la infancia buscamos la amistad. En cierta medida, esa búsqueda tiene dos caras: por una parte, *no podemos estar solos*, y, por otra, en cierto grado, *necesitamos que nos asistan* por la precariedad de nuestros recursos para vivir. Y, para satisfacer esas dos demandas de nuestra vida de infancia, la naturaleza nos da compañía: nuestros padres. Ellos son nuestras primeras amistades; son los que asumen nuestro cuidado y nos ayudan mientras no nos valemos por nosotros mismos. Se trata de una amistad muy particular, porque nos llega sin que la pidamos, como un don, junto con la vida. Y tanto es así, que ni siquiera la llamamos amistad, sino más bien maternidad, paternidad, filialidad; o amor paterno, amor materno, amor filial. Más aún si consideramos que nuestros padres nos son desiguales, son el amparo de algo grande que nos sobrepasa. En esta misma línea se inscribe el vínculo que establecemos con nuestros hermanos y hermanas, que aparecen como una parte espontánea o no elegida de un mismo conjunto de amistad, en cuyo seno tenemos la experiencia más primigenia de la compañía y el entendimiento: ellos son aproximadamente nuestros iguales, y afines a nosotros por edad, cercanía física, educación compartida y vida cotidiana común. En la familia nos encontramos con la *amistad natural*.

Las primeras amistades

Pero durante la infancia y la niñez también nos hacemos de otra clase de amigos y amigas. Son nuestros iguales, que elegimos porque nos simpatizan. El juego, por ejemplo, en esa edad, es básicamente compañía: estar

juntos para hacer algo, a través de lo cual se nos abren los demás y el mundo. En el juego con los amigos, con aquellos que son extraños, porque no son mis padres, ni mis hermanos o hermanas, se fortalece una inicial afirmación de mi propia identidad frente a la de ellos, que son a la vez próximos y extraños, pero, por sobre todo, compañeros en el descubrimiento del mundo y de los otros.

En esa fase de nuestras vidas buscamos la amistad y en general la encontramos. Pero también sabemos que hay quienes no la encuentran. Retrocedamos en el tiempo y con cierta facilidad podremos recordar a aquel que fue rechazado y que a veces terminó aislado. Quizás hemos tenido la ocasión de reencontrarnos con la marca de ese rechazo, sea porque hemos sabido que su vida terminó mal o porque ha desaparecido sin dejar rastros, y porque mirando hacia atrás hemos reconocido nuestra responsabilidad en un acto de no acogida, de enemistad e, incluso, de crueldad. En esta experiencia negativa, que algunos han vivido y que otros hemos observado, comparece la urgente y radical necesidad de la amistad.

En retrospectiva, podemos concluir que en esta instancia de nuestra biografía personal empieza a adquirir sentido la apología de la amistad, cuya quintaesencia está expresada en una frase de Aristóteles que dice: “la vida, sin amigos, no merece vivirse”.

Las amistades adolescentes

Pero ya a estas alturas de la vida de ustedes, y con mayor razón de la mía, sabemos que, salvo excepciones rarísimas, las amistades de la infancia y la niñez son efímeras. Corresponden a una época en que recién nuestras facultades empiezan a manifestar sus posibilidades. En la adolescencia, en cambio, se produce un fenómeno nuevo y prodigioso. Y es que la apertura al mundo y los demás se hace desde la conciencia del propio asombro. Cuando somos niños nos asombramos sin más, y nos acercamos torpemente al objeto de nuestro asombro, para ponerlo a la mano de nuestros sentidos y de nuestras incipientes facultades intelectuales. Lo que acontece durante la adolescencia, a mi juicio, es que hacemos algo muy parecido, pero con la conciencia más clara de que estamos estrenando nuevas potencias de nuestro cuerpo, con riesgos calculados y muchas veces teniendo en el horizonte algún código moral que hemos recibido de nuestra familia y de la sociedad en que vivimos. ¿Por qué nos acontece esta experiencia?

En este período se produce el descubrimiento del propio cuerpo, como parte de un sí mismo y como campo de experiencias corporales; y,

simultáneamente, el descubrimiento de la propia interioridad, que cobra la forma de conciencia de sí y de experiencias espirituales. De este modo, todo lo que se despliega en nosotros como vida nos es presente a nuestra propia conciencia, e incluso parece brotar de ella, siendo así que no es sino el simultáneo conocimiento de sí y de lo que pensamos o hacemos, que siempre acompaña al curso o flujo de nuestra actividad humana.

Las amistades del alma

La niñez parece prolongarse en la juventud a través de cierto tipo de amistades que voy a llamar corporales, porque en ellas el cuerpo es un protagonista privilegiado. Aprendemos que el uso de nuestras facultades va acompañado de placer. Y en la niñez y en la adolescencia la aparición de sucesivos y diferentes placeres, relacionados con los sentidos, ocupa una gran parte de nuestra vida. Muchos de estos placeres solamente pueden realizarse en compañía, con otros. Esos otros(as) son nuestros amigos(as) en las cosas placenteras de la adolescencia y la juventud. Son los que nos acompañan en la aventura de los deportes, de la apreciación estética, de la fiesta, de la iniciación sexual, de la pérdida de los sentidos. Pero, por otra parte, y a la vez, en esta etapa aparecen los amigos del alma. ¿Quiénes son los amigos del alma?

Por de pronto, estas amistades son totalmente nuevas, aunque a veces pueda producirse el hecho de que se den entre las mismas personas que fueran amigas desde la niñez. Pero ya no son una pura expresión o prolongación de esas amistades corporales, que tanto en la niñez como en la juventud, con sus diferencias, tienen el brillo del *estar juntos* por el placer de los sentidos, y donde nuestros cuerpos vibran y se estremecen por el gozo de lo que vemos, tocamos, oímos, olemos, etc. Estas amistades del alma surgen cuando se da una difícil conjunción: un mutuo descubrimiento de la interioridad de cada cual, acompañado de un sentimiento de simpatía y del placer de compartir cosas espirituales comunes. Es evidente, lo repito de otro modo, que este tipo de amistad no es incompatible con la amistad corporal; solamente quiero enfatizar que se trata de modalidades distintas. Además, difícilmente, como veremos más adelante, estos tipos de amistad se dan en estado puro.

En el ejercicio de acciones físicas cuyo fin es un placer corporal hay una fuerte afirmación de mí mismo, de la identidad de mi cuerpo a través de la propia potencia del cuerpo. Por esta razón, las amistades puramente corporales no están exentas de una referencia egocéntrica, donde es preva-

lente mi propio yo a expensas de quien me acompaña en la satisfacción del placer. Además, siguiendo la ley del mismo placer, que es intenso mientras está insatisfecho, calmo cuando ha alcanzado su fin y voluble cuando recupera su intensidad, las amistades corporales son cambiantes e inestables.

Las amistades del alma traspasan las fronteras del cuerpo y evaden la ley del deseo. Más aún, muchas veces pasan de la amistad corporal, como si fueran directamente a la interioridad de cada cual. Porque en este tipo de amistad es predominante el hallazgo de un sí mismo admirable, que yo querría ser, al menos en parte. Y recíprocamente, pues para el otro(a) se trata de lo mismo. La literatura está llena casos de amistades del alma, donde hay un mutuo descubrimiento de la interioridad del otro, que atrae y deslumbra y crea una relación de recíproca necesidad de conocerse y estar juntos.

Ahora bien, esta forma de amistad la podemos experimentar en la juventud, porque en esa época, por vez primera, sabemos amar a alguien por lo que es y no por otra razón. Y ese “es” viene a ser justamente su interioridad. Pero la juventud es también un estado efímero, y una de las características de esta forma de tenuidad consiste en la no permanencia, en el pasar, en la inconstancia. Es por esta razón que muchas veces las amistades del alma mueren, se desvanecen o caen en un estado de hibernación. Y ello ocurre, en algunos casos, que son relevantes, por dos causas.

Suele acontecer que la vida nos dispersa. Es la diáspora de la vida adulta, cuando nos despedimos para tomar cada cual su rumbo, su camino. Y en esa dispersión perdemos la presencia física, la posibilidad de estar juntos, que es una condición necesaria para este tipo de amistad. Porque cuando hablamos de las amistades del alma no nos referimos a nada abstracto y misterioso, sino al hecho de que nuestro cuerpo es un *locus tenens* (lugar teniente), un *lugar que tiene* eso que denominamos interioridad. Y sin la presencia física esa interioridad está ausente, lejos. La distancia no destruye la amistad, dice Aristóteles, sino su acto, su actualidad. Pero hay una segunda causa: en la juventud la amistad del alma es, muchas veces, entre dos que son desiguales. Uno de ellos es superior al otro, por edad, experiencia, sabiduría. En estos casos, la afección recíproca es proporcional, y el mejor de los dos es más amado que el amor que dispensa. De este modo somos amigos de nuestros maestros, pues les damos más amor que el amor que ellos nos dan. A medida que transcurre el tiempo la amistad no cesa, pero cambia de naturaleza, porque cada vez nos hacemos su igual; cada vez más, las distancias se acortan. Y en ese proceso, a veces, la amistad del alma se desvanece. Queda, muchas veces, la amistad tal como fue, en el pasado, presa entonces, como una imagen virtual, en la memoria.

Y también el culto, el cultivo de la amistad, bajo la forma de rememoración de aquel(la) que buscó mi bien, por amor de mí mismo, sin otro fin.

La amistad primera o más perfecta

Por todo lo anterior, la figura más compleja y completa de la amistad es aquella de los amigos del alma, pero que lo son *para siempre*. Resulta, sin embargo, que esta modalidad de la amistad solamente se consolida en la madurez de la vida, después que el decurso del tiempo ha permitido las *pruebas de amistad*: experiencias vitales en que la reciprocidad se hace manifiesta, por mutuos actos de entrega y dedicación cuyo fin no es sino el bien del otro. Con esas *pruebas de amistad* se consolida la confianza mutua y el carácter *para siempre* e inquebrantable de las amistades del alma. Estamos ahora hablando de la amistad perfecta.

Todo lo que hemos dicho acerca de la amistad del alma se aplica a esta su versión probada y durable, que adquiere toda su visibilidad y significación en la vida adulta. Pero se puede decir más acerca de ella. Aristóteles nos dice que esta es la amistad perfecta, porque es aquella de los amigos(as) que son buenos y semejantes en virtud. A este respecto hace una afirmación que nos conduce a una cuestión de fondo, cual es que este tipo de amistad requiere llevar el ejercicio de la vida a su perfección. Si la actividad del alma es mantener y desplegar la vida, la perfección del alma es la realización de esa actividad según su forma más plenaria.

Por lo mismo exige, como condición necesaria de esta relación amical, que aquellos que son amigos, además de amarse recíprocamente por sí mismos, haberse elegido mutuamente, buscar cada uno el bien del otro y saber o conocer respectivamente que se aman, deben cultivar la propia vida para que ésta no sea un mero vivir, sino un bien vivir. En este punto surge un problema que se plantea en los siguientes términos: ¿cómo cada uno de nosotros se constituye en ese ser humano bueno y virtuoso que puede alcanzar la amistad primera?

La respuesta tiene al menos dos líneas argumentales.

La primera se puede establecer a partir del siguiente aforismo: “Cada cual se conduce con el amigo como consigo mismo”. Por lo tanto, parece que hay que girar hacia sí mismo para descubrir cómo es la relación que debemos tener con nosotros mismos, pues este es, derechamente, el fundamento de la relación con el amigo.

El comienzo de esta relación consiste en *vivir de acuerdo consigo mismo*; pues, en caso contrario, mi vida será una disensión interna continua,

una mismidad que no es la misma, una identidad dividida. La línea central del acuerdo conmigo mismo es conocerme y saber y querer el bien de sí, y realizarlo, y esto durante una vida completa. Este bien es primariamente querer vivir y conservarse, y especialmente mantener vivo y siempre renovado el principio por el cual se piensa: en él radica el origen de nuestro proyecto de vida, el concepto del bien desde el cual vivimos y la potencia inicial para darle curso y llevarlo adelante. Aristóteles nos dice que el existir es un bien para el hombre virtuoso. Y como la existencia humana parece consistir en el pensamiento, o sobre todo en el pensamiento, la clave del bien de mí mismo está en la preservación y desarrollo del pensamiento.

De este modo podemos lograr algo que parece dado, pero que muchas veces es arduo de conseguir: *pasar la vida consigo mismo*, y hacerlo con placer. Y digo que a veces es arduo porque hay índices de que muchos seres humanos padecen el morbo de no aceptarse a sí mismos, de no poder, ni querer, pasar la vida consigo mismos, y no experimentar placer en la conciencia de la propia existencia.

No se trata, como es obvio, de la constitución de una vida autosuficiente e independiente, cerrada a la presencia del otro, porque si así fuera no existiría la amistad. Estamos hablando de las condiciones necesarias para ejercer la amistad primera o más alta, la amistad del primer amigo, como la llama Aristóteles. Porque, repito, estamos dilucidando qué significa conducirse con el amigo como consigo mismo. Y, de acuerdo a lo que llevamos dicho, es claro que esta conducta consiste primero en construirnos una interioridad; pues el bien que alcanzamos —o intentamos alcanzar— haciéndonos a nosotros mismos, es el mismo bien que aspiramos para el amigo(a) del alma. O sea, un bien después del cual no hay otro: un bien absoluto.

Esa idea puede completarse con otra línea argumental. Ahora nos trasladamos a la esfera de la felicidad. Cuando hablamos de la felicidad nos referimos a un estado real; a la actualidad de la felicidad, como un estado vivido por cada cual. Se trata de los efectos de la vida vivida como búsqueda del bien de sí, en ese carácter absoluto al que ya me referí. Esos efectos se manifiestan como una sobreabundancia de sí mismo que se reparte entre los demás, como un *plus* que los demás pueden compartir. La felicidad humana, en el sentido expresado, no es sino la perfección de la condición humana, o, si ustedes quieren, de la índole humana por excelencia, que es la vida en conformidad a la razón. El cuidado de sí, en definitiva, es el cultivo de esa índole, movido por el afán de alcanzar su perfección. Cualquier grado y nivel de perfección que ella alcance, irradia, toca a los demás, los alcanza. Ello acontece, por lo demás, con todo género de perfecciones: el buen escritor, el buen arquitecto, el buen pintor, el buen profesor, el buen gobernante, transmiten o comunican su bien. Hablemos de un espesor de la

interioridad de cada cual, obtenido a través de este obrar sobre sí mismo, que es el cuidado de sí. Sin él, parece difícil una amistad del alma durable y rica, que no se agote por no encontrar en el otro(a) una fuente incesante de sorpresa y admiración.

Aristóteles insiste en que la existencia humana —que se confunde con la conciencia de la existencia— es un bien por ella misma, y que, por lo mismo, su despliegue nos procura placer. A eso él denomina la dulzura de vivir. Pues bien, gracias a la comunicación, nosotros tomamos una parte de la conciencia que nuestro amigo tiene de su propia existencia, lo que, simultáneamente, nos permite participar de su dulzura de vivir y del placer que ella le procura. Y recíprocamente. Esta relación, cuando se establece en aquellos que buscan la perfección de su propia existencia, define a la amistad también perfecta, o primera. Así, los amigos del alma se alcanzan o tocan mutuamente de un modo radical, pues se descubren a sí mismos como un fondo inagotable.

Todo lo anterior podría condensarse brevemente en la siguiente idea: la conciencia de sí, cuando tenemos una interioridad enriquecida por un cuidado de sí, sería autocomplacencia si no la hacemos pasar a través del otro, del amigo(a). Esta es la idea del amigo como espejo de mí mismo, como espejo de mi alma. La metáfora del espejo es elocuente: cuando queremos ver nuestro rostro, nos miramos en un espejo; cuando queremos conocernos a nosotros mismos, nos conocemos a través del amigo.

Montaigne y la amistad única

La amistad del primer amigo se funda en el bien mutuo de quienes la practican. Se trata, entonces, de la relación probada de aquellos que se quieren por sí mismos. A partir de esta figura superior de la amistad, nuestra tradición cultural ha establecido otras formas de la misma: la amistad fundada en el placer y la amistad fundada en el interés. Ya me he referido a la primera, que se considera como propia de la juventud. La segunda, en cambio, es atribuida a la edad adulta y las personas de edad. Se supone, además, que es la que practica el mayor número, la mayoría. Los intereses mutuos son una fuente incesante y plural de amistades, que se extienden a todas las esferas de la vida humana, pero que se dan especialmente en los negocios y la política

Las amistades placenteras y útiles, observa Aristóteles, pueden ser ejercidas por todo el mundo, sin discriminar entre buenos y malos. En cambio, la amistad perfecta es privativa del hombre que busca el bien. Así, por ejemplo, un criminal puede ser amigo en función del placer o del interés, pero

no del bien de sí y del otro(a). Porque, en definitiva, en las amistades segundas hay una suerte de trato del otro(a) como medio, y no como fin en sí mismo.

Amigos, no hay más amigos

Montaigne, en su ensayo *Sobre la amistad*, usa el aforismo atribuido a Aristóteles para decirnos que la sola amistad verdadera es la amistad con el amigo del alma. Todas las demás formas de amistad son degradadas y vulgares. Y el ensayo gira en torno al único amigo verdadero que él tuvo en toda su vida: Étienne de La Boëtie. En esta amistad se dieron dos rasgos principales: que fue una amistad del alma y que fue una amistad única. Para culminar estas reflexiones voy a proponerles una breve lectura de algunos textos de Montaigne, que nos describen la amistad única que él y La Boëtie nos han legado, como un caso extraño e irrepetible, en el cual descubrimos algo del misterio y la esencia de la amistad.

1. La amistad más alta es única entre quienes estaban destinados a encontrarse y ser amigos

Montaigne nos dice que conoció a La Boëtie antes de encontrarse con él, a través de su libro *La servitude volontaire* o *Le contre un*. El primer contacto físico, en una fiesta, fue precedido por una recíproca búsqueda de quienes ya estaban unidos, desde no se sabe dónde ni cuándo: “Hay, más allá de mi entendimiento y de lo que pueda decir particularmente sobre ello, no sé qué fuerza inexplicable y fatal, mediadora en esta unión. Nos buscábamos antes de habernos visto y por los relatos que oíamos el uno del otro, que hacían más mella en nuestro afecto de la que razonablemente hacen los relatos; creo que en ello hubo algún designio del cielo. Nos abrazábamos con nuestros nombres, y en nuestro primer encuentro, en una gran fiesta y reunión ciudadana, nos vimos tan unidos, tan conocidos, tan comprometidos el uno con el otro, que desde entonces nadie nos fue tan próximo como el uno y el otro”.

2. La amistad más alta es absolutamente placentera, pero no está fundada en el placer corporal

La amistad basada en el placer corporal, especialmente aquella que está impregnada de un *eros* sexual, no tiene un fin en sí misma, y su objeto es siempre huidizo y cambiante. El *eros* sexual, nos dice Montaigne, es “un

deseo vehemente de aquello que huye de nosotros”; “es activo, ardiente y ávido. Es un fuego temerario e inconstante, fluctuante y cambiante, fuego de fiebre sujeto a accesos y remisiones y que no nos ata más que por una parte. El de la amistad es un *calor general y universal*, que permanece templado e igual, un calor constante y sentado, que es todo dulzura y delicadeza, que no es ávido ni punzante en absoluto”.

3. La amistad más alta es amor recíproco absoluto entre quienes se aman por el bien del otro

Para Montaigne, “en la amistad (verdadera) no hay más negocio o trato que con ella misma”. Ni el placer corporal ni el interés son determinantes en su realidad, pues su último fin es la interioridad de cada cual, por el hecho de ser cada cual: “Si me obligan a decir por qué lo quería, siento que puedo expresarlo contestando: porque era él, porque era yo”. Y nada más.

4. La unidad de dos, en la amistad más alta, es exclusiva y excluyente

Pues, esa amistad perfecta de la que hablo es indivisible; cada uno se entrega tan entero al amigo que nada le queda para repartir con otros; al contrario, lamenta no ser doble o triple o cuádruple o tener varias almas o voluntades para dedicarlas todas a esa persona. Las amistades vulgares se pueden repartir, se puede amar en éste la belleza, en este otro la honradez de costumbres, en aquél la liberalidad, en aquél el amor paternal, en aquél el amor fraternal y así sucesivamente; mas esta amistad que posee el alma y la gobierna con total soberanía, es imposible que sea doble”.

La experiencia de esta amistad tan fuerte e intensa, una vez muerto Étienne de La Boétie, lleva a Montaigne a afirmar que “estaba yo tan hecho y acostumbrado a ser siempre dos que me parece que sólo soy a medias”. Tan es así, que al hacer el balance de su vida, una vez transcurrido el paso de muchos años, su matrimonio, sus hijos, sus éxitos, prestigio e influjo, resume: “Pues en verdad, si comparo todo el resto de mi vida, a pesar de que gracias a Dios la he pasado dulce y acomodada y, excepto por la pérdida de dicho amigo, exenta de pesada aflicción, llena de tranquilidad de espíritu, habiendo considerado un don mis dotes naturales y originales sin desear otras; si la comparo, decía, toda, con los cuatro años que he podido gozar de la dulce compañía y sociedad de esta persona, no es más que humo, no es más que noche oscura y tediosa. Desde el día que lo perdí”. □